

ALL !N CON JORDAN EASLEY

¿Por qué tenéis tanto miedo?

Preguntas que Jesús hizo | Parte 7 | Marcos 4:35-41

INTRODUCCIÓN

Hace un año iba en un vuelo a una conferencia cuando el piloto habló por el altavoz: «Nos acercamos a un sistema de tormentas; esperen algo de turbulencia». Esa «poca turbulencia» se convirtió en la clase que te hace repensar cada decisión de tu vida. El avión cayó de golpe, la gente gritaba, las bebidas volaron, y estoy bastante seguro de que el hombre a mi lado le entregó su vida al Señor. Pero justo al otro lado del pasillo iba una niña, de unos seis o siete años, junto a su padre, y mientras el resto perdíamos la compostura, ella simplemente se recostaba en su papá, balanceando los pies, totalmente relajada, como si estuviera en una banca de la iglesia con un libro para colorear. Recuerdo pensar: «Qué hermosa imagen de fe». Ella no entendía la tormenta ni la turbulencia ni lo que hacían los pilotos, pero conocía a su padre, y eso bastaba. ¿Y si confiáramos así en nuestro Padre celestial? ¿Y si, cuando la vida se derrumba y los miedos nos sacuden, nos recostáramos en Jesús con esa misma calma, esa misma confianza?

Ese es el corazón de la pregunta que hoy desglosamos. Jesús hizo más de 300 preguntas en los Evangelios, no porque necesitara información, sino porque nosotros necesitamos transformación, y cada pregunta busca revelar, hacer crecer o cambiar algo en nosotros. Así que cuando Jesús pregunta a sus discípulos: «¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?» (v. 40), ya conoce la respuesta; los invita a una confianza más profunda. Recuerda el contexto: esto ocurre tras un largo y agotador día de ministerio, enseñando a multitudes tan grandes que predicó desde una barca. Al anoecer todos estaban exhaustos, y dijo: «Pasemos al otro lado» (v. 35). Nota algo importante: la tormenta no llegó porque los discípulos estuvieran fuera de la voluntad de Dios; llegó porque obedecían a Jesús. A veces seguirlo te lleva directo a situaciones que estiran tu fe, no porque quiera asustarte, sino porque quiere formarte.

PUNTOS CLAVE

1. El miedo se levanta cuando olvidamos quién está en la barca

Zarparon cansados, y «se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba» (v. 37). No era una ondulación: Marcos usa el griego *megas*, una mega-tormenta, nivel huracán, de las que los pescadores recuerdan por años. Y cuatro de estos discípulos eran pescadores profesionales que conocían este mar como la palma de su mano, así que si estaban entrando en pánico, sabes que era grave. Sin embargo, «él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal» (v. 38). ¿Cuán cansado hay que estar para dormir en medio de una tormenta que bautiza la barca cada tres segundos? No te pierdas el simbolismo: lo que a ti te aterra no perturba a Jesús, lo que te desvela no lo preocupa, lo que te abruma no lo domina. Dormía no porque no le importara, sino porque estaba en completo control.

Así que lo despertaron con una pregunta que entiende cualquiera que haya vivido una tormenta: «Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?» (v. 38). Este es el verdadero asunto: tu miedo está conectado con tu fe, y el miedo siempre crece donde la fe se vuelve borrosa. Los discípulos no se equivocaban sobre la tormenta —las olas de verdad eran altas, el peligro de verdad era real—; su problema no era malinterpretar la tormenta, sino colocar mal su enfoque. En algún punto entre la orilla y el centro del mar, olvidaron quién subió a la barca con ellos. ¿No es igual con nosotros? Cuando cae el diagnóstico, se seca la cuenta, se rompe la relación, la noticia nos toma por sorpresa, nuestros ojos se desvían del Salvador a la tormenta, y el miedo llena los lugares donde vivía la fe. La fe no significa que no enfrentarás tormentas; significa que no las enfrentarás solo. Aquella niña no estaba tranquila porque la turbulencia parara; estaba tranquila por quién estaba sentado a su lado. Tu confianza en la tormenta no tiene nada que ver con el tamaño de la tormenta y todo que ver con el tamaño de tu Salvador.

2. El miedo reina cuando suponemos que Jesús no responde

Uno de los momentos más pasados por alto en este pasaje no es la tormenta, ni el pánico, ni siquiera el milagro: es la mala interpretación. Cuando los discípulos despertaron a Jesús, no dijeron: «¿Puedes ayudar?» ni «¡Haz algo!» ni «¡Confiamos en Ti!». Dijeron: «Maestro, ¿no tienes cuidado?». Eso no es un

problema de tormenta. Interpretaron su silencio como ausencia y su calma como indiferencia, y eso es una grave tergiversación del corazón de Dios. Pero nosotros hacemos lo mismo: cuando se acumulan las cuentas, cuando el doctor vuelve a llamar, cuando nuestros hijos se alejan, cuando el matrimonio se tambalea, cuando Dios no interviene tan rápido como queremos o como queremos, susurramos esa misma pregunta herida: «Señor, ¿acaso te importo?».

Escucha esto: la respuesta no inmediata de Jesús no fue falta de compasión; fue una oportunidad de revelación. No los estaba ignorando; les permitía ver algo que nunca habrían visto sin la tormenta. A veces Dios deja que la tormenta ruja para que tus ojos sean redirigidos a tu Salvador. Oramos distinto cuando empieza la turbulencia; nos aferramos a Jesús más íntimamente cuando las circunstancias nos recuerdan cuánto lo necesitamos. A veces no calma las olas a tu alrededor porque está tratando de calmar el miedo dentro de ti. En esta historia Jesús no dejó de amarlos en la tormenta, no los abandonó en la tormenta y no perdió el control en la tormenta; simplemente sabía algo que ellos no: la tormenta no iba a hundir lo que el Padre ya había enviado.

3. El miedo se retira cuando recordamos su poder

Jesús se levantó en aquella barca anegada y le habló a la tormenta como a un niño en berrinche: «Calla, enmudece». Y al instante «cesó el viento, y se hizo grande bonanza» (v. 39). Un momento caos, al siguiente calma. Pero mira lo que dice Marcos después: cuando el mar se aquietó, «temieron con gran temor» (v. 41) —literalmente, temieron con un *mega* temor, la misma palabra usada para la mega-tormenta. La tormenta había sido violenta y mortal, pero no fue eso lo que más los sacudió; lo que más los sacudió fue Jesús. En una sola frase lo vieron más claramente que nunca, y empapados y con el corazón latiendo susurraron: «¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?» (v. 41). Todo judío en aquella barca conocía los Salmos —solo Dios gobierna los mares, solo Dios calma el caos, solo Dios manda sobre las aguas—, así que cuando Jesús calmó una tormenta violenta con tres palabras tranquilas, todo encajó: supieron con quién estaban tratando.

Las tormentas en el Mar de Galilea no se calmaban así; normalmente el agua seguía agitándose mucho después de que el viento parara. Pero cuando Jesús habló, no hubo desvanecimiento lento, solo paz instantánea. Ese es el punto

que Marcos quiere que veas: el propósito de la tormenta no era solo mostrar lo que Jesús podía hacer, sino revelar quién era Jesús en realidad. A veces calma la tormenta no para hacerte más cómodo, sino para hacerse más claro; a veces mueve el obstáculo no solo para darte alivio, sino para recordarte su autoridad. Si rastreas las tormentas de tu vida lo suficiente, todas te llevan de vuelta a la misma pregunta: «¿Quién es éste?». ¿Quién es este Jesús a quien la enfermedad obedece, de quien huyen los demonios, a quien la muerte no puede retener, que silencia la tormenta? Cuando empiezas a responder esa pregunta, el miedo empieza a soltar su agarre: el miedo se retira cuando Jesús es revelado.

4. La fe se levanta cuando confiamos en quién está en la barca

Cuando los discípulos vieron a Jesús como en verdad es, algo cambió. Él había aquietado la tormenta fuera de ellos, pero estaba mucho más interesado en aquietar la tormenta dentro de ellos, así que hizo la pregunta en el corazón de este pasaje: «¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?» (v. 40). No los está regañando ni está decepcionado; es más bien: «Después de todo lo que han visto y vivido conmigo, ¿todavía creen que esta tormenta es más grande que yo?». Fue una tierna invitación a confiar. Porque la fe no es fingir que las tormentas no existen ni «fingir hasta lograrlo»; la fe es recordar quién está en tu barca. La fe es recostarse en la presencia de Jesús como aquella niña se recostó en su padre: no porque entendiera la turbulencia, sino porque confiaba en quién la sostenía.

Tal vez esa es la pregunta que Jesús te hace hoy, no para avergonzarte, sino para acercarte. Pregunta: «¿Por qué tienes tanto miedo?» —no «¿Cómo te atreves a tener miedo?», sino «¿Qué estás mirando que se ha vuelto más grande para ti que yo?». «¿Cómo no tienes fe?» —en otras palabras: «¿Confiarás en mí, aun aquí, aun ahora, aun en esto?». Las tormentas van y vienen, pero Jesús permanece; las tormentas te sacuden, pero Jesús te sostiene. Tal vez las olas están altas y tu fe se siente pequeña, tal vez la ansiedad ha sido fuerte y el miedo ha estado ganando, pero no estás solo y no te estás hundiendo, porque Jesús está en tu barca. La misma voz que calmó el Mar de Galilea puede calmar tu corazón, el mismo poder que detuvo la tormenta puede afirmar tu alma, y la misma presencia que llevó a los discípulos al otro lado te llevará a ti también. Cuando sabes quién está en tu barca, el miedo pierde su voz, la fe se levanta de nuevo, y te das cuenta de que

llegarás al otro lado, no porque la tormenta sea pequeña, sino porque tu Salvador es grande.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. «El miedo se levanta cuando olvidamos quién está en la barca». ¿Qué tormenta enfrentas ahora mismo, y cómo se ha desviado tu enfoque del Salvador hacia la tormenta?
2. Los discípulos supusieron que el silencio de Jesús significaba que no le importaban. ¿Dónde has sentido la tentación de susurrar «Señor, ¿acaso te importo?», y cómo podría Dios estar usando esa demora para redirigir tus ojos a Él?
3. El miedo de los discípulos se retiró cuando de verdad vieron quién era Jesús. ¿Cómo cambiaría tu manera de llevar tu miedo esta semana si respondieras por ti mismo la pregunta «¿Quién es éste?»?
